
Ciudades globales

Juan Luis Manfredi

Vivimos en un planeta urbano. Entre São Paulo y Río de Janeiro habitan alrededor de cuarenta millones de personas. De Liverpool a Milán, cien millones de personas vertebran la vida europea. La Ruta de la Seda conecta Shanghái y Beijing con Atenas, Karachi o Dakar. Los siete nodos urbanos de la conexión ferroviaria Mumbai-Nueva Delhi conectarán a 180 millones de personas, cuyo valor agregado representa el 43 por ciento del PIB indio. En Norteamérica, la región de los Grandes Lagos ronda los 65 millones de habitantes entre Chicago, Pittsburgh, Toronto y otras ciudades medianas. Nueva York es una metrópoli de veintidós millones de habitantes, mientras Londres llega a los diez. En África, Ciudad del Cabo o El Cairo se extienden indefinidamente. Otra geografía urbana emerge en Dubai o Doha, ciudades-Estado con riqueza, finanzas y proyección global, así como la distópica The Line, una ciudad de 170 kilómetros en línea recta que Arabia Saudí proyecta construir en el desierto. En consecuencia, la

concentración demográfica en corredores urbanos ha transformado la estructura internacional de poder. Hoy representan la unidad de medida preferente para la economía, la seguridad, la innovación, el liderazgo político, el conocimiento o la cultura. Por eso, estas viejas y nuevas ciudades globales aspiran a influir en la esfera internacional, independientemente de su tamaño o capacidades. La creciente debilidad de los Estados y las organizaciones internacionales para manejar la agenda y ofrecer soluciones ha conducido a una nueva era, la era urbana. Así pues, el impulso de las ciudades en la globalización es imparable.

Política internacional con perspectiva urbana

El tablero internacional ha cambiado. Las ciudades no sustituirán al Estado-nación ni las redes se convertirán en las nuevas Naciones Unidas. Los datos no apuntan en esa dirección, sino en la posibilidad de explorar nuevas avenidas para el ejercicio de la política internacional en un mundo post-westfaliano. La ciudad responde mejor a las tres tensiones de nuestro tiempo: integración regional o desglobalización; identidad y nacionalismo frente a ciudadanía; y conexión a las redes físicas y digitales frente a quienes han perdido el tren tecnológico e industrial. Las tres rupturas se resumen en una: ciudadanía e instituciones con vocación de apertura frente a modelos políticos cerrados, ensimismados en un mundo de fronteras y barreras que ya no va a volver. La ciudad global encaja con el sistema político y económico abierto, que se enriquece con la diversidad, las diásporas, la tecnología o la innovación social.

La revolución urbana no se funda sobre reclamaciones de soberanía o identidad excluyente, sino sobre unos cimientos de pragmatismo y resolución de problemas específicos, a menudo, externalidades de la globalización. Ante la complejidad de los

asuntos contemporáneos, las ciudades emergen como actores políticos que resuelven problemas concretos, vinculados a la vida ordinaria del ciudadano. La vocación práctica define la agenda de política pública y se orienta a la participación ciudadana –no de un grupo de nacionales– y la colaboración en red. La descentralización de la toma de decisiones y el poder distribuido convierte las ciudades en agentes de cambio en la política internacional. La ausencia de fundamento jurídico –tratados, acuerdos, convenios– facilita la agilidad y el intercambio de buenas prácticas entre ciudades globales de primera (Nueva York, Londres, París, Tokyo o Singapur) y otras de segunda o tercera generación.

Las ciudades ejercen su autoridad a través de nuevas formas de entender y ejecutar el poder. La agenda política ofrece multitud de ejemplos. En materia de energía, las ciudades consumen el 75 por ciento de la energía mundial y producen el 60 por ciento de las emisiones. La lucha contra el cambio climático principia en el planeamiento urbanístico, los espacios verdes, la gestión de los residuos y el agua, la movilidad o la eficiencia energética. Las medidas tienen impacto en la vida cotidiana y se reflejan en las contribuciones nacionales requeridas por los Acuerdos de París, Copenhague, Oslo y Estocolmo que han regulado el diseño y el urbanismo para reducir el empleo de energías fósiles. En Estados Unidos, cuando el presidente Donald J. Trump se desvinculó de dichos acuerdos, más de 250 ciudades mantuvieron su compromiso de acción climática. Nueva Orleans no puede contener las crecidas del mar y la sombra del huracán Katrina en 2005 es elevada. Phoenix vive en condiciones de calor extremo. En África, Nairobi y Lagos impulsan la movilidad sostenible para afrontar la contaminación ambiental, problema de salud pública. En Kinshasa, Dar es-Salam, Adís Abeba o Luanda, el rápido crecimiento demográfico, la pobreza y la ausencia de infraestructuras conducen al riesgo extremo de inestabilidad social, así como migración transfronteriza y rural.

Los migrantes buscan mejores condiciones y oportunidades en la ciudad. En Estados Unidos, el 92 por ciento de los inmigrantes se instala en ciudades, porcentaje que llega al 95 por ciento en Reino Unido o Canadá y al 99 por ciento en Australia. Los alcaldes europeos han promovido la defensa de los derechos de los refugiados y la provisión de acceso a las políticas sociales, educación y salud. Barcelona, Ámsterdam, Gante, Milán, La Haya, San Francisco o Toronto se autocalifican como «ciudades santuario», enclaves donde los migrantes pueden integrarse en la vida urbana y acceder a los servicios públicos básicos con independencia de su situación administrativa. En cuanto al comportamiento electoral, el voto urbano elige opciones menos polarizadas. El populismo encuentra dificultades en sociedades abiertas, expuestas al cambio, con acceso a la tecnología y la innovación. En cambio, las zonas rurales o las ciudades empobrecidas o envejecidas, excluidas de los circuitos de globalización, sí manifiestan esta pulsión neoconservadora. Londres votó masivamente contra el Brexit. En Turquía, Erdogan perdió con estrépito en Estambul, Izmir o Ankara. En la Europa del Visegrado, los alcaldes de Bratislava, Budapest, Praga y Varsovia firmaron el Pacto de las Ciudades Libres para reclamar a la Comisión Europea tanto la condicionalidad de los fondos otorgados a sus Gobiernos nacionales como la capacidad de acceder ellos directamente a éstos. En efecto, la solidez del liderazgo local permite a los alcaldes plantear medidas que son contrarias al interés nacional, pero fundamentales para el desarrollo de sus comunidades. Seattle y Los Ángeles abogan por un entendimiento comercial con China, a sabiendas de que el cierre de los puertos traería la ruina a la ciudad. Igual sucede entre los acercamientos entre las ciudades de Atenas y Estambul, al margen de las discrepancias de sus Gobiernos. Las alcaldías de México DF, Buenos Aires, Florencia, París o Bogotá, incluso Teherán han servido para catapultar carreras presidenciales. En Caracas o Varsovia, los

alcaldes han liderado la oposición. En Londres, el alcalde Sadiq Khan abogó por un estatus especial, asimilable al de ciudad libre asociada, en el escenario post-Brexit.

En materia de cultura, las ciudades globales ofrecen capital simbólico y continuidad en los espacios y las iniciativas. La gestión del patrimonio, los museos o la noche teatral son instrumentos recurrentes, así como las conferencias y los logos. Los foros se extienden en tiempo y forma para ocupar la agenda global en materia de política internacional (Davos, Aspen), seguridad (Munich), cultura (la franquicia de Hay Festival) o vanagloria de los autoritarismos (Lago Valdai). Los museos viajan: el MoMA ha organizado más de trescientas exposiciones fuera de Nueva York. Málaga es un nodo museístico de referencia. Doha acapara museos de boutique, mientras que San Petersburgo desearía poder reconectarse a las élites intelectuales. Se entiende así que la cultura global es aspiracional: anhela atraer personas e ideas, así como dinamizar los nodos urbanos en la geografía mundial. La clase creativa de San Francisco, Austin o Mumbai demanda actividad cultural y exposiciones, conciertos de las grandes estrellas, colegios internacionales, educación ejecutiva, gastronomía y ocio. En perspectiva sociológica, esta conectividad en materia de comunicación digital y cultural ha generado una suerte de élite cosmopolita urbana que comparte intereses, patrones de comportamiento y modas de ciudad en ciudad.

En otro orden, la cultura es el asidero de las comunidades lingüísticas o religiosas que ejercen su derecho a ser ellos mismos en el espacio urbano. Bruselas, Montreal y Toronto promueven actividades para la cohesión social y el ejercicio del derecho a ser uno mismo en el espacio público. Las diásporas construyen su narrativa en festivales y manifestaciones artísticas. La cultura en la ciudad global se convierte en objeto de *marketing* y posicionamiento. El riesgo aparece en las denominadas políticas *fast-policy*, remedos

de éxitos como el Museo Guggenheim en Bilbao, pero sin articulación con la sociedad o políticas de transformación urbanística. Habrá que ver el impacto de los distritos culturales en Abu Dhabi con un nuevo Museo Guggenheim y un Louvre o el alcance de Jeddah World Fest, alternativa saudí para el ocio joven. Construir ciudades para disfrute del turista o el inversor debilita la identidad de los residentes locales, espectador de la gentrificación de los centros urbanos. La receta del fracaso es bien conocida: una iniciativa muy personalista, la promoción de actividades y no de cambios en el modelo económico, así como la planificación espacial sin valor de uso futuro. Esta lectura contribuye a entender la anemia de la organización de megaeventos como los Juegos Olímpicos, antes cotizados y hoy entregados sin apenas concurso.

En cuanto a la organización, las ciudades han multiplicado las redes de colaboración y acción. Los problemas globales requieren una respuesta local, ajustada a las dimensiones políticas y geográficas exclusivas de cada territorio. Entre iguales, comparten buenas prácticas y preocupaciones. En el plano internacional, se incorporan a las instituciones y conferencias en calidad de observadores participantes. Los alcaldes de la red C40 presionan para acelerar en el camino de una transición ecológica y justa. Las más de 100 ciudades participantes representan el 25 por ciento del PIB global y unos 700 millones de personas. En 2017, Rodríguez Larreta, alcalde de Buenos Aires, y Anne Hidalgo, de París, impulsaron la red U20 para informar a los líderes del G20 sobre la naturaleza urbana de la globalización. Nueva York, Ámsterdam y Barcelona han lanzado la «Coalición de ciudades por los derechos digitales». Mercociudades aspiran a influir en el inacabado proceso de integración regional en Iberoamérica. Y así hasta 200 redes que contribuyen a institucionalizar la perspectiva local de la globalización.

Las luces del planeta urbano deslumbran. No conviene que el encantamiento instaure el olvido de las desigualdades en la

ciudad global. Se presenta en dos dimensiones. En el seno de la ciudad global, el urbanismo refleja las diferencias de ingresos, de clase social, género o nacionalidad. No todos los barrios tienen los mismos medios o capacidad de aprovechar la conexión global. Este problema se acentúa en los asentamientos informales, desconectados de la cara amable de la globalización, y carentes de infraestructuras básicas. Washington DC presenta el mayor índice de desigualdad de Gini en Estados Unidos. En el Sur Global, los asentamientos informales de Yakarta, Medellín o Manila son auténticas paraciudades. La segunda desigualdad consiste en la acumulación de recursos, infraestructuras y buenos empleos en unas ciudades a costa de los territorios contiguos. La racionalidad económica favorece este comportamiento que incluye la concentración de los empleos de alto valor añadido, la brecha generacional, la desigualdad regional y la vulnerabilidad de la clase media. Sin inversión e intervención pública, estas ciudades de segunda categoría envejecen y se empobrecen sin remedio. El declive atomiza las políticas de cohesión social. Birmingham, Manchester o Newcastle reclaman a las autoridades un modelo económico inclusivo mediante inversiones y paquetes de estímulo. Las capitales de la España vaciada quieren instituciones públicas y mejor conectividad con Madrid o Barcelona.

La ciudad global es el epítome de esta era urbana. Se han transformado en actores políticos que promueven una estrategia local para los asuntos de la agenda global (tecnología, vivienda, migraciones, cambio climático), una respuesta articulada y sistemática para responder a las demandas de una ciudadanía integrada en las dinámicas de la globalización. Ahí radica la novedad y el interés de este volumen, que identifica las nuevas dinámicas de las ciudades en la economía global, la relevancia de las ciudades intermedias más allá de las grandes urbes, la perspectiva feminista de la arquitectura y el urbanismo y la función democrática de la ciudad

en un ecosistema político polarizado y agresivo con la diferencia. En suma, viejas y nuevas demandas para ejercer el derecho a la ciudad, siguiendo el viejo axioma de Henri Lefebvre.

J. L. M.

